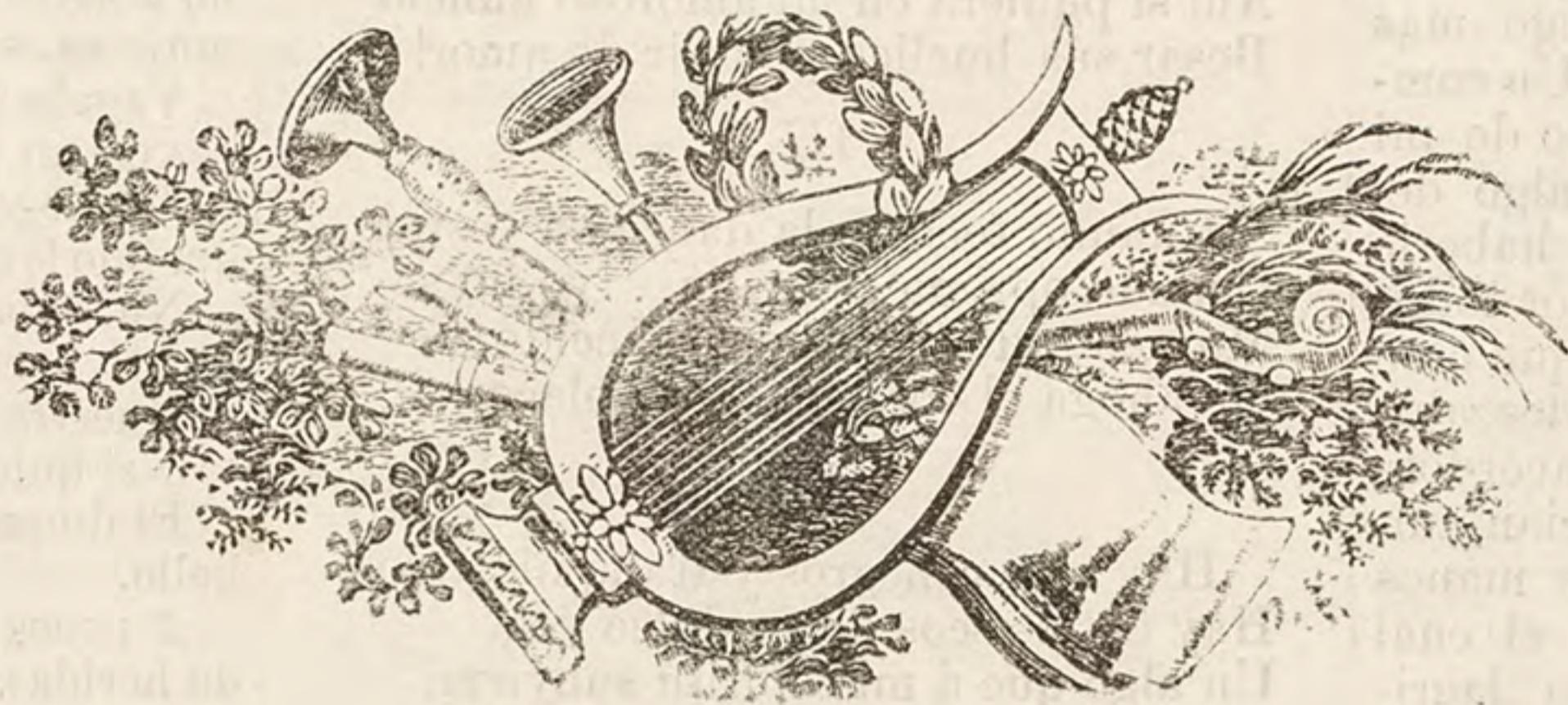


LA ALBORADA  
SEMANARIO  
DE LAS FAMILIAS



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 24 de Julio de 1875

Núm. 41.

SUMARIO.

Un gran criminal ante un confesor por \*\*\*.—  
Rimas poesias por M. Antonio Benavides.—  
El caballero del barrilito por El Guaina.—A  
buen hambre, poesia por X.—Castillos en el a-  
r, por C. Prieto.—Historia breve y compen-  
diosa poesia por Manuel Rafael Valdivia.—La  
calavera de una Dama por Miguel Luis Amu-  
nategui.—El amor, traduccion por Constantino  
Carrasco.—Contrastes matrimoniales, por la  
señora Carmen Garrido de Alvarado.—Colabo-  
racion Argentina—Los expositos, poesia por  
Ricardo Gutierrez.—Mosaico por la señora Ma-  
nuela Villaran de Plasencia.—Soluciones.—  
Charada—Permanente.

UN GRAN CRIMINAL.

ANTE UN CONFESOR.

HABIA ya pasado el toque de oraciones, cuando en la plaza mayor de un pueblo de la montaña se oyeron jemitos y gritos de socorro. La puerta de la casa rectoral, que comunicaba con la plaza, se abrió, y un sacerdote de unos treinta años, asomándose, se puso á escuchar, y despues, seguido de una mujer con una luz en las manos, se dirijió al punto hácia donde se oian los lamentos. Yacia en el suelo un hombre teñido en la sangre que chorreaba de sus heridas. Todavia se veian á un lado la navaja con que acababan de abríselas. El sacerdote lo recojió y como pudo lo introdujo en su casa. Una vez alli dentro, le curó las heridas, hizo que volviera en sí, y lo dejó en su cama, bien abrigado, despues de haber hecho desaparecer la navaja, instrumento del delito. Despues fué el medico, y le hizo la curacion, volviéndose luego para su pueblo, distante legua y media de la casa rectoral.

A las dos de la madrugada el enfermo mandó llamar al cura, porque segun él decia, se encontraba muy mal, y queria hacer confesion de todos sus pecados. El sacerdote se sentó junto á la cabecera de su lecho, y el penitente le dijo:

—Yo, aquí donde me veis, soy un perdido. Si os hubiese de referir todos los crímenes que he cometido desde que estoy en el mundo, no concluiría. Pero os referiré el mayor de todos, porque si de él merezco absolucion, bien cierto estoy de que tambien la obtendré de los demas.

—Hablad, dijo el sacerdote.

—De lo que voy á contaros, hace ya veintitres años. Era la noche; yo vivia en un pueblecito del valle; un dia me dijo un hombre si queria ganar cincuenta onzas de oro. Le respondí que sí.

—Júrame no dar á nadie, absolutamente, cuenta de lo que voy á decirte, añadió el desconocido.

—Sí, lo juro.

—Ahora bien: ¿sabes la hacienda del arroyo?

—Sí,

—Es muy rica!

—Y tanto!

—Pues tú, para ganar la cantidad ofrecida, debes entrar alli y asesinar toda la familia, sin que quede uno sólo.

Esto me hizo estremecer.

—Cincuenta onzas es muy poco, le respondí.

—Serán cien.

—No es bastante.

—Doscientas.

—Acepto.

Y entré en la casa. Todos dormian. La familia se componia de un viejo, marido y mujer, y tres criaturas, dos niños y una niña. Al viejo le dí tres puñaladas en el pecho. Al hombre lo degollé, á la mujer la abrasé, colgándola antes de un gancho de la cocina.

—¿Y á los pobres anjelitos de Dios? preguntó el sacerdote, á quien esta relacion debia afectar muchísimo, pues estaba pálido como la cera.

—A los niños, continuó el penitente, al uno le corté la cabeza; á la niña la abrí por el medio, al mas pequeño (tenia siete años) como se arrojó de una ventana al patio y echó á correr hácia el pueblo, no pude hacer mas que tirarle una gruesa cuchilla que tenia en la mano, y le abrí la cabeza, cayendo al parecer muerto al pié de un árbol. Cuando llegué allí para rematarlo, ya habia desaparecido: nunca he sabido quien podia ser. Dos dias despues de esto, volvió el hombre á mi casa y me dió las doscientas onzas. La justicia ni nadie supo jamas quien era el asesino. El hombre que me habia comprado entró en posesion del mayorazgo, y tengo entendido no murió hasta ahora hará dos años, dejando su fortuna para los pobres. Ahora que sabeis el pecado ¿merece absolucion?

El sacerdote estaba sudando de angustia, mientras duró la relacion de tan horrendo crimen.

—Todo tiene perdon en este mundo, si hay arrepentimiento. ¿Os habeis arrepentido?

—Sí; mas ¡ay! si quereis que os diga la



verdad, lo que jamás ha podido quitárseme del pensamiento, es el pobre niño á quien le partí la cabeza. Todo, todo lo he podido olvidar, pero lo del niño jamás he podido borrarlo de la imaginación. Me parece que si él me perdonase, me iría más consolado al otro mundo; ahora, sin su perdón, bien cierto estoy de que no merezco misericordia.

Y alguna que otra lágrima asomaban á los ojos del criminal penitente.

—Todo tiene perdón, repetía el sacerdote. Y decidme ¿por qué hoy habeis también pisado la senda del crimen?

—Hoi, si me habeis encontrado herido, ha sido para defenderme. Desde que hice aquel crimen, he tenido un enemigo más cruel aun que mi propia conciencia. Un compañero con quien compartía el fruto de mi rapiña. A los tres años sospeché algo del hecho y juré vengarse de mí por no haberle dado una parte de mi ganancia. Y por todos lados me ha perseguido hasta hoy que cree me habrá dejado muerto, según él deseaba.

Y reposó algunos instantes. El sacerdote se limpiaba la frente; sus ojos parecían animados de una pasión de ánimo; sus manos apretaban un pañuelo blanco, con el cual de cuando en cuando, secaba alguna lágrima que querían asomar á sus ojos.

—¿Me absolvereis?

—Es cosa de pensarlo, respondió el sacerdote.

—¿Y si me muero? preguntó el herido.

—Yo ya lo habré pensado, cuando llegue ese triste caso, si es que Dios tiene dispuesto que este caso haya de llegar.

Pasaron tres días; el herido adelantaba rápidamente en su curación. Pasaron seis días, y ya estaba casi bueno. Medicinas, médico, todos los gastos habían corrido de cuenta del sacerdote.

Una vez curado, quiso abandonar aquella casa de bendición. El sacerdote le dijo:

—Sois pobre ¿no es verdad?

—Sí, respondió el que se iba.

—Pues ahora lo seréis menos, añadió el sacerdote, poniéndole en la mano un puñado de monedas. Pediais absolución el otro día ¿no es así?

—La pedía, es cierto.

—¿La querías ahora?

—De todo corazón.

—Arrodillaos, pues.

Aquel á quien este mandamiento se imponía, se arrodilló y confesó todos sus crímenes.

Entonces el sacerdote, con la frente como iluminada por la gloria, con voz conmovida, con acento humilde y rico de ternura, le habló de esta manera:

—Yo, por el de Dios, te absuelvo de toda tu culpa.

El bandido lloraba.

—Y yo, añadió el sacerdote, olvido todo el mal que me has hecho, de todo corazón.

Y como el otro levantase la cabeza, sorprendido por estas últimas palabras, el sacerdote agregó:

—Porque aquel niño de siete años, á cuyos padres y abuelo, hermanos, quitaste la vida, aquel niño cuyo perdón tú tanto deseabas, aquel infeliz á quien abriste la cabeza con tu cuchillo... soy yo.

Y enseñó al otro, que pálido y frío á sus pies ni á respirar se atrevía, una cicatriz bien honda que la dividía la frente.

## RIMAS.

## I.

Cuando tierna, enamorada,  
Fija sus ojos en mí,  
Tengo que bajar mis ojos  
Por que me siento morir.

## II.

Altivo, cual la palma del desierto  
Que mece el huracán,  
Hermoso como el sueño de la infancia,  
Y puro como un cielo tropical:  
Así es el ángel que en silencio adoro  
Con alma y corazón;  
Ah! si pudiera en mi amoroso anhelo  
Besar sus huellas y morir de amor!

## III.

Cuando toco en la danza su vestido,  
Cuando oprimo su mano... yo no sé  
Me siento de placer desvanecido,  
Me ahoga el corazón tanto placer!

## IV.

Hay en sus negros y tranquilos ojos,  
Hay en los ecos de su dulce voz  
Un algo que á mi espíritu subyuga,  
Un conjunto divino:— Ahí está Dios!

## V.

Oh! si pudiera en mi delirio ardiente  
Unir mi boca á su quemante boca,  
Y trémulo de amor, entre sus brazos,  
De los deleites apurar la copa,  
En los trasportes de mi amor profundo  
Por uno de sus besos diera el mundo!

## VI.

Suelta á la espalda la gentil melena  
La ví en las playas de su patria, altiva,  
Cruzando alegre los floridos campos  
Llena de amor, de juventud y vida;  
Envuelta en nubes y celajes de oro,  
Como cándida estrella matutina  
Que al asomar tras el lejano monte  
Mundos de luz al universo envía.

## VII.

Ay! ya pasaron las horas  
De juventud, alma mía,  
Como ráfagas ligeras,  
Como estrellas fugitivas;  
Para nunca más volver  
Huyeron sus alegrías.—  
Ven, á la par lloraremos  
*Las ilusiones perdidas,*  
Único bien que nos queda  
Por consuelo en nuestras cuitas:  
Siempre llorar, más llorar  
Y llorar, esa es la vida!

M. ANTONIO BENAVIDES.

## EL CABALLERO DEL BARRILITO

**E**L duque de Borgoña era un señor feudal del siglo décimo tercero.

Eso basta para que se sepa que era altivo, orgulloso é ignorante de su verdadero rol en el mundo.

Pretendía hacerse respetar de los reyes.

Temer por sus iguales.

No se preocupaba por inspirar sentimiento alguno en sus inferiores.

Como todos los feudales, creía ú obraba como si creyera que la existencia de los paisanos y vasallos no podía coartar su derecho más de lo que hoy coartan el nuestro la existencia de las aves domésticas y las bestias de carga.

No reconocía deberes respecto de ellos.

Solo reclamaba derechos.

Su vida era un tejido de atrevidas empresas.

De riesgosas aventuras.

Los móviles de sus acciones, el honor caballeresco.

La gloria militar.

La preponderancia sobre sus vecinos.

Un poco el amor de Dios, tomando por objeto á sus imágenes ó á los ministros del culto.

También á las reliquias de los santos, pero no á las criaturas. De entre estas amaba á las mujeres, y no las amaba por honor á Dios.

Vagaba un día por sus dominios, absorto tal vez en un pensamiento fútil.

Al llegar á un pequeño bosque sintió un quejido leve como el que exhala un moribundo.

Nuestros nervios se crispan á la vista de un objeto horroroso.

Nuestra voluntad los calma, si ella es fuerte y si quiere conseguirlo.

El duque involuntariamente detuvo su caballo.

A pocos pasos yacía un hombre acribillado de heridas.

Y una mujer exánime, que al parecer acababa de dar á luz un niño.

La mujer espiraba, y en fuerza de un triple dolor.

El asesinato del marido había precipitado su parto, y ella, privada de socorro, no podía darle ni á su esposo ni á su hijo.

El semblante que revelaba esa terrible lucha, que indicaba el sufrimiento de la infeliz, irradió como un brillante sacado de improviso á los rayos del sol.

Acababa de distinguir al duque.

—¿Por piedad, señor, traedme siquiera una gota de agua en ese barrilito, porque muero de sed y de fatiga!

Y la infeliz señaló con la vista un pequeño barril que formaba parte de su bagaje.

Tendió su mirada hácia el lugar de donde venía el murmullo de una fuente.

¿No permanecemos impasibles á la vista de un falderillo ajeno que abulla lastimosamente porque lo han pisado?

¿Nos compadecemos de él?

¿Tratamos de aliviar su dolor?

Y si los gritos, por la sorpresa que nos causan, llegan á detenernos, ¿no continuamos nuestro camino al ver que quien grita es un perrillo y que el perrillo es ajeno?

El duque escuchó el gemido y detuvo su caballo.

Oyó la súplica, y picó espuelas

Ese cuadro hería su sensibilidad.

Lo mortificaba.

El caballo emprendió el galope.

Y más que el galope.

La carrera.

Las piernas del jinete picaban los hijares con la insistencia del que, indefenso, siente en su epidermis la punta de la lanza del enemigo. La fisonomía del duque era indescriptible.

Era la expresión del esclavo que, cojido por la garganta, medio de rodillas en el suelo, mira el círculo que describe el puñal con que el amo va á ultimarle.

Era la expresión de la sorpresa.

De la desesperación.

Del terror.

En el acto de picar su caballo, en el acto de refrenar los instintos que Dios dá para suplantarlos por la voluntad del hombre, el duque tornó en más infeliz que la pobre mujer.



Esa voluntad que le impulsara á picar su caballo se estinguíó por completo, y en su lugar sintió que una fuerza estraña le imprimía movimiento: el grosero barril de los caminantes saltó á su cuello y quedó adherido á su pecho entre las preciosas joyas que le adornaban. Y una voz poderosa, resonando en sus oídos, le dijo:—Vaga, vaga, miserable, y vagarás mientras ese barril esté vacío.,,

Pasados los momentos de estupor, el duque comenzó á sentir los efectos de la maldición. Repetidas veces quiso volver á su castillo.

Pero la fuerza invisible se lo impidió.

Al espanto siguió la desesperación, á la desesperación el dolor.

El impulso obraba.

El sucio barril pendía siempre de su cuello.

Y el desgraciado duque vagaba sin cesar y sin que le fuera permitido el descanso ni la entrada al castillo.

Su mujer y sus hijos estaban sumidos en el dolor.

Mil veces corrió á las fuentes á llenar su pequeño barrilito. Días enteros pasaba ocupado en echarle agua, pero el agua no llenaba el barrilito.

El barril seguía siempre vacío.

El pobre duque no comprendía el misterio.

Atribuyó lo infructuoso de su trabajo á la calidad del agua.

De la fuente pasó á los arroyos.

De los arroyos á los ríos.

El barril no adquiría ni humedad.

El duque se aflijó mucho, y como última esperanza resolvió tentar una prueba, también última.

Su caballo obedecía, con tal que no fuera en dirección al castillo.

Atravesó varias provincias y llegó á las costas de la Bretaña, á un punto donde hay muchas piedras.

Intentó llenar el barril; tampoco se llenaba con el agua del mar.

La confusión del duque llegó al colmo.

La voz de Dios resonó otra vez, pero no en sus oídos, sino en su corazón.

Así pasa siempre.

Así pasa en las grandes desgracias, y la del duque no era pequeña despues de su tentativa con el agua del mar.

Su pensamiento en Dios y su pensamiento en el barril tan pendiente en su cuello, como la idea de Dios fija en su mente, combinadas ó asociadas, le suministraron una última esperanza.

Llenar el barril con agua bendita.

Así lo hizo, pero fué inútil; el barril quedó vacío y pendiente al cuello y la fuerza siguió impulsándolo siempre.

Solo el desgraciado puede comprender la desgracia.

Por eso es que los pobres contribuyen mas que los ricos para las obras de beneficencia. Cuando un rico deja un legado, se publica en los diarios.

Porque es muy raro.

El infeliz duque se resignó á su suerte y cesó de hacer empeños para llenar el barrilito.

Vagaba un dia por las cercanías de su castillo, absorto en sus pensamientos, que tal vez no eran fútiles.

Al llegar á un pequeño bosque, sintió un quejido leve como el que exhala un moribundo.

Un hombre yacía acribillado de heridas, y á su lado una mujer exánime que al parecer acababa de dar á luz un niño.

—Por piedad, señor, traedme una gota de agua, porque muero de sed y de fatiga, exclamó la mujer.

No había otra cosa en que llevarle agua sino en el barrilito del cuello, aquel que no se humedecía.

El duque se dió cuenta de la situación. No tenía en que llevarle el agua, porque su barril no se llenaba.

El duque se estremeció entonces.

Derramó una lágrima.

La primera tal vez que despues de la infancia hubiera derramado.

La lágrima cayó en el barrilito.

El barrilito quedó lleno de agua.

EL GUAINA.

### A BUEN HAMBRE.

PROVERBIO.

—Vamos, hija, es necesario  
Que salgamos del apuro;  
Tú tienes ya veinticinco  
Y no hay que pensarlo mucho.  
La mujer debe casarse,  
Es su misión en el mundo,  
Y pues no te faltan novios  
Preciso es pescar á alguno.  
Dieguiito.

—No me acomoda.

Tiene los ojos de buho,

—Pero es honrado.

—No importa.

Cuando me mira me asusto.

—Don Juan?

—Su nariz es larga.

Y luego es muy cejijunto.

—Julian.

—No me hable usted de ese,

De su insistencia me aburro;

Pensar en ser mi marido

Un hombre que es como un huso!

Un hombre flaco no es hombre.

—¿Y qué me dices de Rufo

Tu primo?

—Buena cabeza;

Pero está llena de humo.

—No puedes hablar lo mismo

De Carlos.

—Con sus discursos

De política y hacienda

Me hace dormir; aseguro

Que la que con él se case

Hará un matrimonio absurdo.

—Válgame Dios, hija mia,

Qué delicado es tu gusto!

Y Nicolas?

—Es muy bajo.

—Y Luis?

—Parece de estuco.

—Y Telésforo?

—Es muy alto.

—Y Celedonio?

—Es muy rudo.

—Entonces todos iguales;

¿Ninguno aceptas?

—Ninguno.

El que me llame su esposa

Será en maridos el *sumun*.

Así se esplicó Lucia,

Y su madre, al ver sus humos,

La dejó vivir soltera

Por no causarla disgusto.

Diez años despues Lucia

Estaba sola en el mundo,

Y las primeras arrugas

Surcaban su rostro adusto.

Los pretendientes se fueron,

Y hallándose en este apuro

La hizo el amor don Torcuato.

Sin andarse en mas repulgos,

Al ver el caso apurado,

Perdió Lucia el *buen gusto*,  
Y aunque era el novio mas feo  
Que todos los feos juntos:  
Viejo, con pelo encarnado,  
Nariz aplastada, enjuto  
De carnes, piernas torcidas,  
Alto, los ojos de buho,  
Perorador, casquivano,  
Con entrecejo y muy rudo,  
Se casó con él, y... gracias,  
Que á buen hambre no hay pan duro.

X.

### CASTILLOS EN EL AIRE.

Por pocas que sean las aficiones arquitectónicas del amable lector, (yá sabemos que el lector es siempre amable sin ponderación y benévolo hasta dejarlo de sobra,) convendrá con nosotros en que mas de una vez se ha entretenido honestamente en formar *castillos en el aire*, lo cual ofrece fuertes atractivos á las almas soñadoras, aunque el despertar jeneralmente sea desconsolador.

Hacer castillos en el aire es lo mismo que mecerse en brazos de la esperanza, olvidar el negro presente por el porvenir, construir un edificio que se viene abajo con la mayor facilidad, enterrando entre sus ruinas nuestras mas dulces ilusiones.

Forma castillos en el aire la mujer que despliega todas sus maquiavélicas artes para atrapar marido ó busca en el tocador el secreto de agradar, en vez de hacer gala de sus virtudes. Porque, lo que dice el hombre, y, caramba! tiene razon, la que tanto se aliña, y se acicala y emperejila, y piensa en moños y en trapos, es, mas que mujer, una especie de mueble lujoso que vale poco y cuesta mucho, y esto que no sirve para maldita de Dios la cosa, como no sea para dar disgustos.

Los hombres se entusiasman fácilmente al contemplarla tan bonita, tan mona, tan elegante, la sigue, en haciendo el oso, y la escriben cartitas, y sobornan á la criada, y se pasan las horas muertas delante de su reja; hechos unos pasmarotes; pero en cuanto la niña arriesga la mas mínima indirecta sobre sus intenciones, rectas ó... torcidas, y la autoridad paterna toma cartas en el asunto, entonces nuestros galanes huyen como banda de espantados gorriones y la niña se queda dándose á doscientos mil demonios (demonios mas ó menos.)

Los castillos que se forman en el aire, necesariamente han de venirse al suelo conforme á las leyes de la gravedad.

Por tanto, entregarse á tan vana tarea es soñar con los ojos abiertos, y acreditarse de loco, cuando no de simple, el que tal hace, pues acontece con frecuencia en este pícaro mundo que el que mas ilusiones acopia, mas desengaños lleva, y siempre es mas feliz quien menos ambicion tiene.

Se ha dicho que la fortuna se complace en burlarse de los que solicitan sus favores, y se muestra pródiga con el que parece hurtarle las vueltas; sabiendo lo cual puede captarse sus simpatías cualquier hijo de vecino, y ser dichoso por todo lo alto.



La suerte se divierte siempre en darnos agradables sorpresas; las satisfacciones son como las liebres, saltan donde ménos se piensa.

Cuando se desea la fortuna, no llega nunca. Cuando no se piensa en ella, nos sorprende y nos agasaja, con fraternal cariño.

Con franqueza, lector: ¿quiere usted ser feliz? pues no haga usted castillos en el aire. La felicidad que forjan las ilusiones es un ídolo de viento que se desvanece dejando un rastro de dolorosos recuerdos en el alma, como el huracán devastador deja impresas sus tristes huellas en la floresta..... (¡qué bien caen aquí unos puntos suspensivos!)

El ambicioso que sueña encumbrarse en alas de la política y desde las columnas de un periódico promete el oro y el moro al esquilmado pueblo, de cuyos intereses se dice defensor y en aras de cuya felicidad está dispuesto á verter la última gota de sangre de sus venas (palabras de grandísimo efecto si se combinan con arte y talento;) ese hombre no forma ningun castillo en el aire, como creerán algunos, pues el pueblo, con sus múltiples brazos, lo coloca bonitamente en el poder, premiando así su charlatanería, que siempre fué de osados la antojadiza fortuna.

El que, por el contrario, obra de buena fe en política, y se inspira en los verdaderos intereses del país, propendiendo á su bienestar, estudiando las mas arduas cuestiones económicas que afectan su porvenir y su riqueza, abriendo nuevos y dilatados horizontes á su progreso, etc., etc., ese hombre no hace mas que formar castillos en el aire al creer que vencerá las cábalas é intrigas de sus enemigos, llegando á la cima del poder sin grandes tropiezos ni quebrantos.

El infeliz soltero, ¿dije infeliz? (¡discutible! discutible!) voy á decirlo de otra manera: el dichoso mortal que vive en paz y en gracia de Dios sin mujer y sin suegra, y que de la noche á la mañana, tentado por el demonio, se casa inocentemente por lo eclesiástico ó por lo.....incivil, creyendo encontrar en el matrimonio un paraíso sin serpiente ni árboles prohibidos, si no cuenta con un capital que le permita semejante *lujo* (porque con perdon de ustedes, hoy dia es ya un *lujo* el casarse) ese hombre forma admirables castillos en el aire que derrumba prontamente el viento de la adversidad, aplastando todas sus ilusiones.

La inocente doncella que se dirige al altar para consagrarse al hombre á quien ama, trémula de placer, no hace mas que construir castillos en el aire al creer que la felicidad que experimenta va á durar muchos años, pues jeneralmente despues de la luna de miel entra la de hiel, y al ardor y entusiasmo de los primeros momentos sucede la mas glacial indiferencia. Desgraciadamente el matrimonio es un edificio con magnífica fachada, pero sin *puerta de escape* ¡Ay! (permitanme ustedes este ligero desahogo.)

Mas aliviado ya, prosigo.

Pero.....¿qué continuar demostrando que está en la conciencia de todos? ¿no ha llorado mas de un rato el sensible lector al ver desvanecidos los castillos que habia formado en el aire y destruidas en un san-

tiamen las esperanzas que alimentara en su corazón?

Desear mucho una cosa, es casi hacer imposible su realizacion. El árbol de las ilusiones suele dar un fruto muy amargo: se llama *desengaño*.

La fortuna muéstrase esquiva con el que pretende sus favores. No es raro. ¿Nombre de mujer tiene? Para que no nos persiga, no hay mas que despreciarla. Para que nos colme de dones, el expediente es sencillo: se procura relegarla al olvido.

Hacer castillos en el aire es soñar en la posesion de lo que despierta nuestra codicia; es vivir moralmente la ilusoria vida del porvenir, que no llega á realizarse nunca, pues es una pura ficcion de nuestra mente; es habitar uno de esos palacios encantados de *Las mil y una noches*, que levanta nuestra fantasía, mas ó ménos novelera, mas ó ménos dada á dibujos, palacio que se desvanece como esas nubes purpurinas que flotan cual rasgados velos en el espacio azul, en las apacibles tardes de la primavera.

Hacer castillos en el aire, es soñar, y los sueños, sueños son.

Hay quien sueña vivir en la opulencia y se despierta bostezando de hambre.

Yá hemos dicho que la fortuna se complace en darnos agradables sorpresas, presentándose súbita é inopinadamente donde no se la espera; pero se recata del hombre que la está aguardando con los brazos abiertos y el alma en vilo.

El que juega á la lotería con la esperanza de que le toque el premio gordo y goza con la idea de ser rico, sin mas fundamento que la problemática posibilidad de alcanzar el premio que codicia, ese hombre no logra ver realizados sus deseos.

Pero el que toma un *billete* y á la media hora no se acuerda de él, queda agradablemente sorprendido viéndolo premiado de la noche á la mañana.

No hay jente que no haga mas castillos en el aire que los poetas, y yá sabemos que los poetas mueren jeneralmente de inanición, como *decimos* las personas científicas.

No hay mujer que haga mas castillos en el aire que la coqueta, y rara es la coqueta, *pur sang*, que no quede, para vestir imágenes, como *decimos* los españoles, ó para peinar á santa Catalina, como dicen los franceses.

Todo lo cual demuestra que no hay nada mas pernicioso en este mundo que levantar castillos en el aire, de cuya ocupacion libre Dios al lector y á nosotros tambien, si no es esto abusar de su galantería.

Y aquí damos por terminado este artículo de nuestros pecados, que si no mueve á risa al lector, es precisamente porque hace llorar, y llorar fuerte. He dicho.

C. PRIETO.

## HISTORIA BREVE Y COMPENDIOSA.

### I.

Era Conchita una muchacha hermosa Como el ensueño del primer amor, Pura como el perfume de la rosa, Firme como la queja del dolor.

La ví, me enamoré, me amó . . . y á poco Nuestro amor llegó tanto á progresar, Que ella loca de amor, yo de amor loco, Marchábamos de prisa hácia el altar

### II.

Pero, entre tanto, mi fatal estrella Hizo que entrara el gran *ferro-carril*, Y Conchita la pura, la mas bella, El prodigio del sexo femenino;

La tierna, la sensible . . . indiferente Dejó pasar los dias hasta un mes, Y amándome cual nunca . . . derepente . . . Se casó . . . si señor, con un *ingles*!

### III.

Confiesa aquí, lector, cual yo confieso, Que trae muchos males el progreso.

MANUEL RAFAEL VALDIVIA.

Puno 1875.

## LA CALAVERA DE UNA DAMA.

(Conclusion)

### VII.

INMEDIATAMENTE, don Luis se retiró á su aposento para preparar su partida.

Antes de entrar en ningun arreglo, se sentó junto á la mesa, afirmó los codos en ella, colocó la cabeza entre sus manos y se puso á meditar en su suerte.

Pensó en su juventud consumida como una braza de fuego sin haber dejado otro residuo que un poco de ceniza; en la vejez, que se aproximaba á pasos ajigantados; en la eternidad, cuyas sombras empezaban á descender sobre su existencia; en su cuerpo, que debía convertirse pronto en un puñado de polvo; en doña Beatriz Fernández, cuyo carácter parecía tan diverso del suyo; en Dios, que le habia salvado de un peligro de muerte, y que le habia llamado en varias ocasiones con voz de padre sin que hubiera acudido á su reclamo.

Este cuarto de hora de reflexion fué su camino de Damasco.

Acostumbrado á espresar en verso todos sus afectos, el ex-secretario tomó la pluma, y escribió la composicion siguiente.

¡Maldito el hombre que en el hombre fia!  
Solo fiar en Dios es lo seguro.  
Descargar la conciencia cada dia  
Es contra todo mal un fuerte escudo.

Dios los trabajos por la culpa envía  
Forzoso es el morir, mas trance duro.  
Hombres, vivid como si siempre fuera  
Cada hora del tiempo la postrera.

Solo el amigo es Dios, que es sobre todo,  
Que la amistad del mundo solo es nombre.  
¿De qué te envanece, tierra y lodo?  
Pues no mereces ménos por ser hombre.

Todo tiene su fin y cierto modo.  
Sigue el bien, huye el mal, y no te asombre



Sino el ver que eres hoy tierra liviana,  
Y que no sabes qué serás mañana.

Mundo, quien te conociere  
Cierto estoy que no te alabe.  
Quiérete quien no te sabe.  
Sábeta quien no te quiere.

Reconozco que esta composicion no tiene ningun mérito literario; pero la he copiado, porque espresa los sentimientos que agitaban á nuestro héroe en un trance tan solemne.

El primer verso no carece, sin embargo, de enerjía, y manifiesta la desesperacion inmensa de que el autor se hallaba poseido.

Ese verso es digno de cualquier poeta que merezca este título.

¡Maldito el hombre que en el hombre fia!

## VIII.

Don Luis de Betancourt tomó la resolucion firme y decidida de dejar el mundo por el claustro.

Luego que adoptó este partido, se embozó en su capa y se dirigió al convento de San Francisco, donde comunicó al guardian fray Alonso de Padilla todo lo que le habia acontecido, y el designio que habia formado de entrar en la comunidad.

La conferencia fué una confesion general.

Despues de haber permanecido en el convento algunos dias á fin de probar su vocacion, se puso en marcha para obtener el consentimiento del provincial fray Pedro de Sotomayor, que se hallaba á la sazón en Etzapa, á tres leguas de Guatemala.

El postulante hizo el viaje á pié.

Habiendo obtenido la licencia correspondiente, se reconcilió con el conde de la Gomera, vendió sus bienes para repartir el producto entre los pobres, y recibió el hábito el 13 de julio de 1614.

Al dia siguiente hizo su profesion solemne, el dia de San Buenaventura, habiendo mudado su nombre de Luis Melian de Betancourt en el de fray Luis de San José.

La poblacion de Guatemala vió desde entónces con sorpresa que el brillante secretario del conde de la Gomera, vestido de un toscosayal, barría con una escoba la puerta de la iglesia y del convento, cargaba sobre los hombros la leña y los comestibles necesarios para el consumo de los religiosos, y ejecutaba otros trabajos serviles.

La profesion de don Luis de Betancourt causó una sensacion profunda en la ciudad.

Varios jóvenes siguieron su ejemplo.

Doña Beatriz Fernández no ocultó su amor y su pesar.

La linda viuda no quiso casarse ni con el primojénito del conde de la Gomera, ni con ninguno de sus numerosos pretendientes.

Renunció los festines y saraos; trocó sus atavíos y sus joyas por un vestido de luto; y convirtió su casa en un yermo, donde pasaba la vida en la oracion y la penitencia.

Murió antes que don Luis; y su cadáver fué enterrado en la iglesia de San Francisco.

## IX.

Pasaron algunos años.

Un dia, Fray Luis de San José se presentó en la celda del provincial, y le dijo con su tono habitual de sumision y humildad:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea por los siglos de los siglos!  
—Padre mio, vengo á pedir un favor.  
—Hablad con franqueza.  
—Quisiera tener una calavera en mi celda.  
—Veo en ello, no inconveniente, sino provecho para nuestra salvacion.  
—¿Me permitís entónces que pueda extraer esa calavera de una tumba cualquiera?  
—Podeis hacerlo.  
—¡Dios os lo pague!

## X.

En la noche, fray Luis penetró en la iglesia, acompañado de dos legos, que llevaban una pala, una barreta, un martillo, una barra de hierro y un farol.

El templo estaba oscuro y solitario.  
Solo una lámpara ardía delante del altar mayor.

Fray Luis se encaminó á la tumba donde estaba sepultada doña Beatriz Fernández, y se arrodilló en la loza que la cubria.

Rezó con efusion.  
En seguida se levantó; y los legos pusieron manos á la obra.  
Removieron la piedra, y sacaron el féretro.  
Quitaron la tapa del cajon.

Los restos de la muerte quedaron descubiertos.

El cadáver de la hermosa dama tenía por mortaja un hábito de San Francisco, y llevaba al cuello una soga, de la cual pendía una tosea cruz de madera.

—¿Qué traje!  
—¿Qué collar!  
—¿Las galas del ataúd!

El fraile no se atrevió á mirar con mucha detencion aquel esqueleto tendido en su cama de tablas podridas.

Temia profanar su sueño eterno.  
Fray Luis tomó con sus manos la cabeza de doña Beatriz, y la envolvió en un pañuelo.

Los legos clavaron nuevamente la tapa, bajaron el ataúd á la fosa, y dejaron las cosas como ántes estaban.

Fray Luis se dirigió á su celda, donde se encerró con llave.

## XI.

El fraile estaba lívido.  
Colocó en la mesa el horrible atado; y junto á él, prendió una vela de sebo.

En seguida se sentó á espirar.  
Despues de haber reposado un instante, abrió el pañuelo.

Quedó aterrado.  
La calavera de doña Beatriz no era esa calavera limpia, amarillenta como el pergamino, lustrosa como el marfil que suele ponerse en las iglesias, ó pintarse en los cuadros.

Nó.  
Esa calavera estaba llena de manchas negras causadas por la podredumbre, ese lodo de la tumba, y cubierta de cabellos enredados y mugrientos, como si hubieran sido recojidos de un basural.

Fray Luis se puso á mirar de hito en hito aquel harapo de hueso.

No se cansaba de contemplarlo.  
Esa calavera producía vértigos como si fuera un abismo.

Poco á poco sintió que su intelijencia se trastornaba.

Le pareció que se dormía.  
Estaba desmayado.  
Cuando despertó de su letargo, la calavera estaba siempre á su vista alumbrada por la vela de sebo.

Entónces volvió á observar con toda detencion aquel emblema de la muerte.

Un sol eclipsado.

Las crespas madejas de seda desflecada que tanto habia anhelado acariciar con sus manos y con sus lábios, se habian convertido en mechassucias, tiesas, muertas.

Los ojos húmedos y lucientes que habian llevado el incendio á su alma, estaban reemplazados por órbitas huecas y vacías.

La boca pequeña y deliciosa, esa copa del amor, era una abertura desmesurada, que parecia hacer mofa de la vida con una risa inestinguible.

En algunas partes, el pellejo estaba adherido al hueso.

Fray Luis tomó la calavera con sus manos trémulas, la lavó en una taza de agua caliente y la restregó con una toalla.

El agua se puso á la vez barrienta como si se hubiera mezclado polvo en ella, y medio colorada como si se hubiera echado un cuajaron de sangre.

Al principio fray Luis no halló qué hacerse con aquella agua.

Nó se atrevía ni á botarla, ni á conservarla.

Al cabo, se decidió á arrojarla en el jardin del convento.

Cuando volvió de esta operacion, el aire frio de la noche habia despejado algun tanto su cabeza perturbada.

Volvió á mirar la calavera.  
Estaba seca y limpia.  
Quiso estampar un beso en su frente descarnada.

Pero retrocedió espantado.  
Temió cometer un sacrilegio.

Fray Luis de Betancourt colocó la cabeza de doña Beatriz Fernández á los piés de un crucifijo, hincó las rodillas en el suelo, y se puso á rezar con fervor.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

## EL AMOR.

(Continuacion.)

El amor contrariado produce los síntomas de la tristeza. El alma se replega sobre sí mismo. Las funciones orgánicas caen en la atonia: el pulso se torna débil é irregular, escalofrios invaden de cuando en cuando los miembros, un peso angustioso gravita sobre el pecho, la respiracion es lenta y mezclada de suspiros, el rostro palidece y los ojos pierden su brillo y vivacidad.

El amante desgraciado, no encontrando ya encantos en la vida, se muestra indiferente á todo, se complace en la inaccion y en la soledad, pierde su actividad intelectual, y expresa con dificultad sus pensamientos, porque su voz es débil y quejumbrosa, y sueños penosos ó insomnios cubren sus noches de horror.

Nada mortifica tanto como los celos ó sea el temor de perder la persona amada; temor que, compuesto de las mas vivas pasiones, amor, cólera, tristeza, orgullo y celos, produce las penas de todas ellas y trae al alma en una ansiedad continua, en violentas pesadumbres, en cruelísimas congojas. El celoso, ya tirano, y ya esclavo, amenaza, injuria, maltrata; y si mas tarde se tranquiliza, se arrepiente ó se humilla, es para volver á ser poco despues tan furioso y tan injusto como antes.



¿Quién contará las luchas y los tormentos que torturan el alma del hombre celoso, ni las sordas violencias y suplicios incesantes con que mantiene á su desdichada víctima en un lento martirio?

Los celos resultan á veces de impotencia. Tal sucede en los viejos que teniendo esposas demasiado jóvenes andan siempre temerosos de que otro goce del placer vedado ya para ellos. Los autores cómicos nos han pintado con muchísima gracia el embarazo, la inquietud y las tribulaciones de esos viejos tíos enamorados de sus sobrinas, de esos tutores de crépitos que se enlazan con sus pupilas.

Otras veces nacen los celos de la fuerza viril. Tales son los de Orosman asesinando á Zaira y los de aquel Romano que, en la imposibilidad de casarse con su querida, prefirió antes que verla ajena, hundirle un puñal en el corazón. Los celos, pasión tan impetuosa en las mujeres delicadas y sensibles, son también los que suscitan la sublime desesperación de una Hermione abandonada por Pirro, los que inflaman de ira el corazón de una Medea, le hacen enviar á su rival una túnica empozoñada y la impelen á degollar á sus propios hijos.

El efecto inmediato del amor contrariado es la *dispepsia*: el apetito se pierde, las digestiones se dificultan, dolores agudos se fijan en el estómago, sobrevienen eructos, náuseas, flemas y la nutrición disminuye por la insuficiencia de los alimentos.

De este estado á las afecciones más graves no hay más que un paso. Y si la causa de tristeza continúa, nacen, según las predisposiciones innatas ó adquiridas, la *cloro-anemia*, la *fiebre nerviosa* ó *hética*, la *tisis pulmonar*.

Una joven sin causa conocida, sin enfermedad física, se torna triste y soñadora. Palidece, se le hundén los ojos y se le caen las lágrimas, experimenta laxitudes espontáneas, gime y suspira. Nada la distrae ni la ocupa, todo le fastidia. Huye de sus padres y de sus amigas, enflaquece de día en día, le asoma una lijera tos, se agrava, sobreviene la fiebre y luego el marasmo y muere. Muere escondiendo en la tumba su secreto. Pobre niña! Amaba sin esperanza!

¡Y cuántas no sucumben así, en la flor de sus años, con las entrañas despedazadas por este mal devorador!

La exaltación de la imaginación, las excitaciones de los sentidos y las emociones violentas tan comunes en el amor desgraciado, trastornan en ciertos casos el sistema nervioso hasta el punto de ocasionar *vértigos*, *espasmos*, *ataques de nervios*, el *histérico*, la *epilepsia* y tal vez la *cataplexia*.

Varios autores atribuyen, por el contrario, estas afecciones á la continencia, á la castidad. Platon, Hipócrates, Galeno, Jernel, Hoffmann y otros muchos han sostenido este error.

Peró es necesario combatir una creencia que hasta hoy no se ha sometido al criterio de la observación. Los escritores modernos manifiestan que las *neurósisis* se reproducen con más frecuencia en las niñas ó mujeres cuya viva imaginación se entrega á ensueños voluptuosos, cuya alma se alimenta con la lectura de novelas y con peligrosos espectáculos.

En ciertos casos, el amor contrariado puede acarrear una enfermedad aguda que termine rápidamente con la muerte.

Una señorita de 20 años se enamoró de un pariente suyo al cual estaba prometida en matrimonio. Opusieron las circunstancias al cumplimiento de las promesas hechas á los amantes. El padre exigió la ausencia del joven.

No bien hubo partido, cuando ella cayó en una profunda tristeza. No hablaba con nadie, no comía, estaba siempre acostada. Las secreciones se suprimieron, la fiebre se declaró y su estado se agravaba. Rechazaba los ruegos y consuelos de sus padres y de sus amigos.

A los cinco días, empleados inútilmente en vencer su melancolía, se decidieron á hacer venir á su amante; pero ya era tarde: al octavo día espiró en sus brazos.

En otra ocasión me admiró sobre manera la rápida muerte de una joven que pereció en pocos días de una *fiebre cerebral*. Había encontrado á su marido en los brazos de una concubina y en ese mismo instante le atacó la fiebre.

Las decepciones inesperadas, los fogosos ardores comprimidos y los deseos violentos no satisfechos, hacen perder á menudo el juicio á los amantes desgraciados.

Se ha observado la *monomania ambiciosa* en los poseídos por ideas de grandeza, infelices dominados únicamente por la imperiosa necesidad de los sentidos. Los celos engendran una especie de *mania furiosa* que degenera en *mania* y hasta en *demenia*.

La siguiente observación es un caso de *mania homicida* provocada por un amor contrariado.

Pedro Domínguez, anciano de 65 años, vivía con su hija María Dolores en una de las pequeñas chozas situadas en las montañas de Segovia, donde se ocupaban en guardar ganados. La joven, de 18 años de edad, se enamoró ardientemente de un pastor vecino que la solicitaba; pero el padre de Dolores no quería consentir en el matrimonio é inflamada con semejante obstáculo la pasión de los amantes, no reconoció en breve límites ningunos. El joven trató por última vez de vencer la resistencia del anciano, declarándole que solo el matrimonio podía poner á cubierto el honor de su hija, mas como nada conseguía, el caprichoso pastor huyó cobardemente de su adorada, dejándola sumida en la más sombría desesperación.

Desde ese día Dolores no exaló un gemido; pero taciturna y silenciosa llevaba su rebaño á parajes solitarios, huía de las gentes y pasaba á veces horas enteras sobre una loma sin que nada pudiese distraerla de la idea fija que la absorbía.

Pronto la alteración de su fisonomía, su mirada feroz y su voz sorda y golpeada revelaron el principio de una enfermedad mental que se agravó con rapidez y produjo las más terribles consecuencias.

Una noche que el viejo pastor se había quedado dormido junto al fuego donde se cocía un trozo de carne que pensaba cenar; llegó Dolores de la montaña con su rebaño, lo encerró en el aprisco y se sentó cerca de su padre adormecido. Fijó en él sus miradas sombrías y atravesó en ese instante por su cerebro enfermo un horroroso pensamiento.

Sonrió con la ferocidad de la hiena ante su presa, y tomando uno de los morillos descargó varios golpes sobre la cabeza del anciano, que cayó á sus pies... y luego su mano

paricida sepultó entero un cuchillo en el pecho de su víctima, le arrancó el corazón, lo puso sobre las ascuas y lo devoró en seguida dando horribles ahullidos que hasta en las chozas de la cercanía se escucharon.

Acudieron los pastores. Mas, aterrorizados á la vista de tan espantosa escena, permanecían inmóviles.

—Acérquense, acérquense—les gritó una voz enfurecida y atronadora—miren! él me quitó á Diaz y lo he asesinado!... él despedazó mi corazón, ahí está el suyo!—Y les señalaba los restos de su horrenda cena, invitándolos á que la acompañasen en ella, repitiendo:—Ese es su corazón! el corazón de mi padre!"

Esto sucedió el 20 de Marzo de 1826. Declarada la locura de Dolores, la encerraron en un hospital de Zaragoza.

En las mujeres expuestas á sufrir tantas penas de amor, se encuentran clases de enajenación mental especiales.

Se han visto muchas veces casos de *monomania suicida* ocasionados por las pasiones amorosas. He aquí un ejemplo de que fué testigo el año pasado. La produjeron los celos, unos celos reconcentrados, en el fondo mismo del alma.

El Sr. G., dotado de excelentes cualidades, pero de una imaginación y sensibilidad exaltadas se casa con una joven á quien ama. Pasa un año en los encantos de una deliciosa intimidad. Era feliz.

Sin causa justa tórnase sombrío, melancólico; huye de las gentes; pierde el apetito, la nutrición se embaraza y los insomnios lo aniquilan. Alarmada su esposa me llama para asistirlo. Sospechando una afección moral, interrogo á mi enfermo con prudencia y pido informe de él á su familia. Nada se sabe. No se puede encontrar la causa del mal que lo devora.

Peró su mujer, que espiaba sus acciones, descubre en un sitio secreto una caja de pistolas que él acababa de esconder. Ella le pregunta para qué las había comprado; el desdichado llorando á mares huyó de ella sin responder.

Un día fué á mi casa. Está agitado, con la vista azorada y la voz conmovida.—Estoy desesperado—me dijo—mi razón se extravía... quiero matarme... sálveme usted!... Aquí tengo láudano... diez veces he tratado de envenenarme. Voy á sucumbir.

—Peró, amigo mio, ¿por qué quiere usted morir?

—¿Por qué... estoy celoso, celoso hasta la locura... Mi mujer no me ama, no me ha amado nunca. Amaba á otro antes de casarse.

La causa del mal estaba ya descubierta. El desdichado tenía llena la cabeza de ideas falsas que lo martirizaban sin cesar. Combatí lo mejor que pude sus concepciones delirantes. Despues, empleando todos los medios morales y terapéuticos para tratar esta monomanía, logré, si bien á costa de muchos cuidados, devolver al señor G. la razón y la salud.

¿Queremos conocer los atentados, los crímenes, los suicidios, los casos de enajenación mental determinados por las pasiones eróticas? Basta abrir los registros de la justicia criminal y de los establecimientos de los enajenados.



Se verá que, en Francia, el promedio de los veinte años corridos es el siguiente. De 1,000 crímenes, 68 son debidos al adulterio, 55 al concubinato ó á la seducción, 22 á las negativas á matrimonio, 18 á los celos. Entre 1,000 crímenes debidos á las pasiones amorosas se cuentan 230 envenenamientos, 400 asesinatos, 300 homicidios involuntarios, 70 incendios. De 1,000 suicidios 90 son debidos á un amor desgraciado. De 1,000 casos de enajenación mental 33 son consecuencia de un amor contrariado.

(Continuará.)

## CONTRASTES MATRIMONIALES.

(Continuación)

CARTA XVII.

Señor D. Juan Gualberto Padilla.

Lima, Julio 6 de 1841.

Carísimo amigo.

Deseo con todo mi corazón que estés bueno, y libre de la impresión que te causó la misteriosa.

Te aconsejo que cuando vaya, no te des por entendido de nada; pero entre los géneros mítele una cartita, donde le digas:

"Señorita: por no haber sabido que á la una de la noche recibía usted visita, y ahora después á las doce, me atreví á quererla visitar de día, cuando para usted es mejor de noche. Creo, pues, que no me negará usted la entrada á su casa, á esa misma hora en que va el sujeto que yo he visto. El no está mas que una hora, yo estaré lo mismo.—De usted su afectísimo adorador de sus virtudes."

Esta carta te va á dar alguna experiencia; ella tiene que contestarte si no es corrompida, y solo desgraciada por su pobreza, y te dará una satisfacción, en obsequio á su honor; y si fuere tal como aparece callará.

Contéstame lo mas pronto que puedas sobre el particular.

Mañana voy á pedir á don Federico la mano de su hija. Espero que no me la niegue, por el singular afecto que me profesa, y por la mucha confianza que me inspira, tanto él, como su familia; pues me tratan como á hijo querido, y las niñas como á hermano. Hablar de las virtudes de esta familia, es empezar y no acabar.

Te participo que ya no visito á la señora de don Fernando, porque no he podido soportar su lengua viperina, y esa tenacidad en hablar mal de su esposo, siendo este un hombre tan bueno y tan exacto en todo, como me consta á mí.

Conozco que su mujer es una criminal. Tuvo la desfachatez de decirme (entre los muchos oprobios que habló de su marido) que por lo perverso que era, se vengaba tratándolo como á un extraño en la intimidad del hogar.

Ya no pude callar más, y le dije: que no debía portarse así con su esposo tan bueno; y que si llegaba algun día él á tener alguna ilícita amistad, él no tendría la culpa sino ella.

No me dejó hablar mas; porque se puso como una leona, y tuve á bien retirarme, y no volver mas donde esa fiera, en lugar de mujer.

Deseo mucho que hagas un remate general de todos los efectos que tienes, y te vendas á establecer acá, que no va tan mal; es-

to es si tú lo hallas por conveniente; y cree que este pensamiento me lo ha inspirado la buena voluntad que te tengo y el deseo de tu bien y felicidad, por ser tu verdadero amigo hasta la muerte.

Adolfo Orogoiti.

CARTA XVIII.

Señor don Adolfo Orogoiti.

Cuzco, Agosto 4 de 1841.

Amigo del corazón.

Me llevé de tu buen consejo. Estuvo la misteriosa en mi tienda á comprar, y entre un casimir le eché la cartita tal como me la dictastes; y al otro día vino y me dijo delante de su mamá:—Señor: vi la sorprendente carta de usted, que hallé entre un corte de pantalon; pasé la vista por ella y su contenido era, que le prestase á usted un libro que me agradase; no he querido demorar á usted sino satisfacer su deseo.

Y me entregó un libro titulado: *El triunfo de la virtud*; se despidió y se fué.

¡Qué talento de muchacha! para que no se impusiese su mamá, se valió de esa treta que comprendí al instante, y en cuanto se fué, abrí el libro y hallé una carta que dice así:

"Caballero: espero de la bondad de usted que me haga el honor de creer la confesión sincera que le voy á hacer.

"Me dice usted en su carta, que ha visto una persona que me visita á la una de la noche. Es verdad, que solo entra él, y no entrará nadie mas, porque solo á él le he dado palabra de casamiento; y si hasta ahora no es mi esposo, es porque es tan desgraciado como yo: esto es, somos pobres. El está de dependiente en la casa del señor don Camilo Fernandez, y gana sesenta pesos; pero mientras esté ahí, no se puede casar, porque con esa condicion entró y entonces no me conocía. Hace seis meses que me vió donde una señora amiga mia, y la simpatía se apoderó de nuestros corazones con el afecto. Me pidió á mi madre, y descendió porque se impuso que era un joven inmejorable, y le permitió la entrada á casa.

"A los cuatro meses de visitarnos le dijo mamá: que cuándo pensaba desposarse conmigo? y le comunicó el impedimento que tenía, y que estaba buscando dónde acomodarse para verificarlo; y mamá le dijo: cuando esté usted expedito vuelva; porque la niña tiene que perder; y las gentes juzgan sin exámen, solo por la apariencia. Ay! señor, jamás podré explicar el dolor tan agudo que sintió mi alma al oír tan fuerte órden; pero ¡qué hacer! Tenía que respetar y obedecer á mi madre mas que me costase la vida; un mes resistí no ver á Samuel (que así se llama mi pretendiente) á pesar que varias cartas me dejaba debajo de la puerta, en las que me comunicaba que no podía vivir sin verme, y que si á mí me pasaba lo mismo, me parecería bien su ocurrencia, y era que á la una de la noche, hora que todos duermen, le abriese la puerta de la calle, y que por la ventana de la sala hablaria conmigo; y el día que él intentase entrar para adentro, lo despidiese; que á fé de caballero no faltaría en nada á su palabra.

"Yo tenía en mi favor, que mamá se acostaba á las diez, y sabía que en la sala me quedaba yo cosiendo hasta las doce, pues

para sostenernos, pagar casa y demas gastos, tengo que trabajar sin cesar; y convencida de que mi novio sabía respetarme, descendí con su propuesta; y crea usted, caballero, que nuestro amor hasta el presente, es tan puro como el de los ángeles, aunque las apariencias nos condenen.

"Quiera la Providencia que usted solo sea el que ha notado tal visita, pues mi corazón me dice que usted se compadecerá de mí, porque es usted bueno, sensible, y debe usted haber amado algun día con toda su alma, con todo su corazón como yo, y por estos motivos, sabrá usted justipreciar mis circunstancias, y guardar secreto sobre estos desgraciados amores; y yo, en obsequio á mi honor, haré el mas doloroso sacrificio, de no ver mas a mi novio, hasta que el destino nos una para siempre; ó de lo contrario la muerte acabe con mi negra suerte."

Hasta aquí me escribió la joven Rosaura; yo le contesté, guardaria secreto, y que no se aflijera, que todo se compondría; que hiciese que viniese donde mí su novio, y que pondría todos los medios de mi parte para la felicidad de ambos.

Ahora he venido á conocer que si hay infinitas mujeres malas, no dejan de haber algunas buenas.

Esta niña para mi concepto es inmejorable.

Después te comunicaré lo que pienso sobre estos jóvenes.

He tenido gusto que no vayas donde la señora Beatriz: ya la conoces bien, basta.

Tengo de fé que don Federico no te negará la mano de su hija, por lo que me has contado de esa familia tan ejemplar, vas á ser feliz con tomarla por esposa. Tendré infinito gusto, cuando los indisolubles lazos del matrimonio te unan para siempre con tu Elvira, pues como tu verdadero amigo, anhelo siempre por tu salud y felicidad.—  
Juan Gualberto Padilla.

(Continuará)

## COLABORACION ARGENTINA.

### LOS ESPOSITOS

Oh! cuando el beso de tu madre tierna  
Te dé la bendición de la mañana  
Y te acaricie el alma soñolienta  
Con el inmenso amor de su mirada,

Acuérdate de aquellos  
Que madre solo á su nodriza llaman!  
Cuando en el seno de tu padre escondas  
La frente juvenil desesperada  
Y bajen como bálsamo del cielo,  
A consolar tu angustia sus palabras,

Acuérdate de aquellos  
Que lloran ¡ay! en su desierta almohada!  
Cuando en las horas de la noche negra  
Contra tus muros la tormenta brama  
Mientras en lecho de mullida ropa  
Junto á los hijos de tu amor descansas,

Acuérdate de aquellos  
Que al solo amparo de los cielos andan!  
Cuando á la mesa del hogar paterno  
El pan de Dios con tus hermanos partas,  
Bajo la aureola de la frente noble  
Que con sus gotas de sudor le gana,

Acuérdate de aquellos  
Que el vil mendrugo de limosna guardan!  
Cuando á la puerta del hogar paterno



Vuelvas de la fatiga y la batalla,  
Y entre los brazos de tu madre sientas  
Desfallecida de ternura el alma.

Acuerdate de aquellos  
Que arrojan ¡ay! tras de la puerta estraña!  
Y cuando el llanto de tus ojos tristes.  
(Ya para siempre oscurecida el alma).  
Riegue la sombra de la cruz bendita  
Que al pié de su sepulcro se levanta  
Acuerdate de aquellos  
Que ni la tumba de sus padres hallan!  
Ah! piensa que el Señor no puso en vano  
Un rayo de piedad dentro del alma.  
Y sobre el humo de la tierra triste  
El sempiterno hogar de la esperanza!

RICARDO GUTIERREZ.



Salud Limeñas hermosas...  
Os pido vuestra indulgencia.  
Si venis buscando ansiosas  
Mi inspiracion ó elocuencia.  
Mas ya que me faltan ellas.  
Puedo apelar á los chistes,  
Pues no quiero dejar tristes  
A mis lectorcitas bellas.

\* \*

La concurrencia del Domingo en la Exposición ha sido numerosísima: allí se encontraban reunidas todas las clases de la sociedad, desde el Presidente de la Republica hasta el último decendiente de Guinea.

¡Cuántas bellezas! ¡cuántos vestidos! ¡cuántos relumbrones, cuántos coches, cuántos anjelitos cuántos elegantes, en fin, aquello no dejaba nada que desear.

Los miembros del club del General Prado llevaban como distintivo una cinta bicolor en el pecho, y caminaban con paso majestuoso tras el estandarte.

El concierto ha sido generalmente aplaudido.

A la salida de la Exposición repartían los boletines donde se anunciaba la aparición de Piérola, este papel era leído con interés por los transeúntes, y cada cual ponía distinta cara ante esta noticia. (¿Y, quien lo creará?) todo aquel jentío, todo aquel lujo, toda aquella ajitación popular, producía en mi ánimo la impresión mas triste.

Todos los semblantes estaban risueños, todos los individuos llevaban algún objeto, todos abrigaban alguna esperanza, ó experimentaban alguna satisfacción, en tanto que yo tocaba la amarga realidad de haberme convertido en un ser excepcional que en nada goza, que en nada espera ni nada me alucina. Por eso digo al ver el entusiasmo de los demás.—*Bienaventurados los que forman castillos en el aire, porque ellos disfrutarán de... buen temperamento.*

\* \*

En la noche del sábado tuvo lugar el matrimonio del Señor Higuera con la Señorita Ermelinda Acervis ante un escogido número de personas.

Los recomendables esposos con su delicado trato, y finos modales, dejaron complacidos á todos los concurrentes.

¡Lo que es el mundo!

Mientras al pié del altar, sonreía la fortuna á una joven cuyo porvenir se ofrecía color de rosa en otro lugar una viuda, casi niña, lamentaba la irreparable pérdida de un esposo de méritos.

La Señora Cristina Argumanis de Chacaltana, antes de cumplir los veinte años ha pasado ya por tres estados, y ha experimentado el mas crúel de los dolores.

\* \*

Una mujer muy rica, que de quince años hasta veinticinco habia despreciado mas de diez matrimonios, y de allí en adelante mas de cuatro, principió á disfrutar su dinero en ciertas excentricidades como la que pongo á continuación.

Puso un aviso por el periódico, ofreciendo quinientos escudos al hombre que se presentara probando que su nombre, su apellido y su pais natal tenían la misma sílaba al principio que al fin, por ejemplo Penélope, pero por supuesto, ella exijía que el nombre fuera de santo, presentando fé de bautismo &

(Y como por la plata baila el perro,) cuentan las crónicas que los corredores, hacían viajes fuera del lugar porque el individuo era de lo mas difícil de encontrarse. Dejémoslos, pues, buscando hasta la semana siguiente.

I.

En cierta ocasión presentose un guapo joven ante un arzobispo, pidiéndole permiso para casarse con una parientita suya.

El arzobispo que era complaciente y muy agradable, preguntole ¿Es vuestra primita acaso?

Todo lo contrario, contestó el joven disimulando la risa.

¡Hola! se trata de alguna tia, he?

Si V. S. Ilustrísima lo permite me casaré con mi tia abuela, hermana de la madre de mi madre.

¿Joven, estais loco? añadió el arzobispo.

¿Y yo podre consentir que un hombre se sacrifique de esa manera?

¿Y V. S. Ilustrísima creé que hago un sacrificio (dijo el joven con marcada intención, casandome con mi tia abuela, que es una linda criatura, un año menor que yo.)

Dejemos al joven haciendo su relación al prelado para obtener la licencia, que yo os la hare á vosotras para obtener una sonrisa

Y es tan curiosa la historia

De este raro parentesco.

Que contarosla os ofrezco

Si me ayuda la memoria.

Julia, una linda muchacha de diez y seis años, habitaba una quinta propiedad de su esposo, situada fuera de la ciudad. de.....

Hacia un mes que habia dado á luz un hermoso niño, Eulalia su mas íntima amiga de colejo, habia venido á acompañarla durante su convalecencia.

Eulalia era una niña pobre y mas buena que bonita, tenía veinte años, habia visto á los hombres solo de lejos, no habia amado nunca.

II.

Julia no tenía mas parientes que su mamá, que era viuda, y su abuelo materno.

Estos eran pues, los llamados á ser padrinos del primojenito de Julia, Sin embargo por deferencia hacia á Eulalia, habia resuelto que esta fuese madrina en lugar de su mamá.

En la noche del bautismo, el salon de la quinta, todo estaba lleno de flores de perfu-

mes, de luces, y de bellezas, que al compaz de la música danzaban haciendo relucir el lujo de sus vestidos, y la perfección de sus formas.

Julia se hallaba en el día de mas contento, Su mamá y su abuelo habian abandonado la ciudad para pasar el verano con ella.

Penetremos en el salon.

En un asiento al pié de la puerta principal, se encuentra una mujer de treinta y dos años, pero por su belleza extraordinaria, representa mucho menos. Viste un traje azulino, una rubia y abundante cabellera cae sobre su blanca espalda en gruesos y bien formados, risos, todo su adorno se reduce á una cinta de terciopelo atada al cuello. Esta mujer se llama Maria. A su lado se encuentra un Señor de cincuenta y tres años, lampiño, su estatura es regular, mas bien grueso que delgado, tiene buen cutis, buenos dientes, y á pesar de su calva solo representa cuarenta años, su conversacion es animada y salpicada de chistes de buen tono, así pues Don Enrique (le daremos este nombre) podia todavia hacer la corte á una muchacha. Como os he dicho Eulalia no habia amado nunca, y á la primera mirada de Don Enrique Eulalia bajó los ojos, á la segunda se ruborizó, á la tercera comprendió que Don Enrique se interesaba por ella.

M. V. DE PLACENCIA.

Continuará.

## CHARADA.

En la cabeza del hombre  
Se encuentran *segunda y prima*;  
Y entre las enfermedades  
Las cuenta la medicina,  
Mi *segunda y tercia* juntas,  
Del Perú son una villa,  
Que encontrarás sin trabajo  
En la *tercia con la prima*,  
Si *tercia y cuarta* faltasen  
Ni siglos, ni años habrían,  
Y sucumbiendo la *cuarta*  
Tu mismo *no* existirías,  
Es mi todo, en conclusion,  
De Sud América un puerto,  
Su nombre godo por cierto,  
Y célebre en su nacion.

M. G. C.

Verificado el sorteo entre las cuatro primeras Señoritas que enviaron la solución le la Charada N.º 40 salió agraciada con el premio la Señorita Amalia M Zavalaga.

Puede ocurrirse por dicho premio á la Direccion de la Alborada, Calle de Belen N.º 391.

Señoritas que han enviado la solución:

Señora J. M. de L.

M. M.

Delfina de Ugard

Natalia P. y P.

Magdalena.

## PERMANENTE.

Cualesquiera reclamaciones referentes á LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su dirección, calle de Belen N. 391.

El buzón para recibir los originales destinados á la publicación de este semanario, se cerrará el miércoles en la noche, de cada semana, para el número que debe salir en ella.

EMPRESA TIPOGRAFICA'

Calle de Camaná, entre Ayacucho. Ns. 128 y 130.